En su naturaleza.

 De cómo una riña deja lugar a otra mayor, en 1658.

Apenas les quitaron las piqueras, el gallo negro había atacado primero. Luego de media hora de riña seguía llevando la delantera, cuando de pronto abrió sus alas, se abalanzó sobre la cresta del contrincante -un hermoso giro de brillante plumaje amarillo oro- y se prendió de ella con el pico, al tiempo que con las patas le propinaba fuertes golpes en rostro y cogote; sus espolones reforzados con uñas metálicas causaban así serias heridas. Luego de soltarle, aprovechando la conmoción provocada, se lanzó con el pico a rematarle con una estocada en el cogote, uno de los típicos finales en una riña de gallos. Pero el agotado y colorido giro, como un relámpago, un arco iris de plumas, hizo una finta que dejó al negro preparándose para repetir la estocada. Los dos gallos se quedaron mirando a una distancia de tres picos, con las plumas del cogote erizadas y el cuerpo tieso y paralelo al suelo…

Era una de las diversiones favoritas de los domingos de Las Conchas; para otras como los toros y el billar, había que ir a la ciudad. …Una jornada a caballo. El brete, escenario circular para la riña, se montaba juntando los ponchos (una prenda indígena cada vez más utilizada por los criollos) tendidos con la vaina de los cuchillos, en la modestísima pulpería-almacén del Flaco Francisco, el Viejo para algunos, uno de los primeros pobladores del valle y el primero con que se encuentran los viajeros del Monte Grande y la ciudad. Los dueños de los gallos jugaban por dinero, pero los espectadores también apostaban, y los montos variaban de acuerdo a las vicisitudes de la contienda. Cuando se acababa el dinero, salían a relucir las propiedades, y luego los efectos de la caña y los puñales…

­—¡cincuenta *pesoish* *ao preto! —*exclamó un parroquiano de pelo mota y aceitunada piel, entre otros rasgos moriscos, uno de los tantos portugueses que venían de la ciudad.

*—*¿Qué ha dicho el *cambá33*? —pregunta Diego, su joven ayudante, un niño de 13 años, de renegrido pelo, piel mate con un leve tinte rojizo y verdes ojos en una expresión de constante asombro.

—Que le apetece apostar al gallo negro —le contesta el viejo Francisco, desde el mostrador, protegido por un enrejado de gruesas cañas —¿Por qué no hablarán como Dios manda estos cristianos nuevos? Si don Hernando hubiera obedecido al rey…—dijo por lo bajo, refiriéndose a la Real Cédula que mandaba embarcar a los estantes portugueses, en su mayoría conversos escapados de la Inquisición. Diego le miró con cara de no entender.

—¿Y por qué pelean los gallos? —preguntó enseguida.

—Porque…, eh, porque está en su naturaleza, ven otro gallo y quieren pelear.

—Como los hombres y los toros…

—Pues sí, hombre, aunque los gallos se matan porque llevan espolones de acero, si no los tuviesen, la pelea no sería mortal, fíjate que es raro que los animales peleen a morir, sólo matan para comer.

—Nada más los hombres matan porque sí…

—Pues que sí, chaval, que sí…—replicó Francisco, un poco cansado de la conversación.

De pronto, cuando todo indicaba que el gallo negro ganaría la partida, el giro, casi desde el suelo, saltó ayudándose con las alas y con una patada agónica clavó su acerado espolón en la base del negro cogote enemigo. Luego de ello cayó exhausto, mientras que el negro comenzaba a desangrarse lentamente. Al momento los dos gallos estaban muertos.

—¡Quedaos donde estáis! —gritó aquél que cumplía el papel de juez.

—¡Ha ganado el mío!

—¡El vuestro está muerto!

—¡El vuestro ha muerto primero!

—¡Ha ganado el *cambá*!

—¡*Cambá* *añá membý! —*dijoun parroquiano, refiriéndose al gallo negro

—*Cambá añá membý, ¡tua mai! —* dijo el portugués sintiéndose aludido, y sacó su cuchillo.

Francisco, que entendía algo de alusiones a la madre en portugués, comenzó rápidamente a cerrar los postigos, mientras se desarmaba el brete y volaban botellas por el aire. De pronto se escuchó un grito de alarma que hizo desbandar a la concurrencia.

—¡La partida!, …esto…¡son dos partidas!

En efecto, la inconfundible nube de polvo levantada por caballos al galope, sólo podía deberse a los soldados de Las Conchas.

—Pero ¿cómo se han *enterao* de la refriega?, ¡y tan rápido! —preguntó Diego.

—Pues, mirad… —trató de contestar Francisco.

—¡A la ciudad todos …los que sepan empuñar un arma! …orden del …Alcalde de Hermandad—gritó Juan, el jefe de las partidas desde su montura, casi sin aliento.—Y los que no, a arrear vacas y caballos contra el invasor.

* …

—A deshora nos han atacado piratas… Ya hemos colgado a varios de los nuestros que repartían sus panfletos con herejías —continuó, y así rompió el estupor del grupo.

—¿Holandeses otra vez?—preguntó Francisco.

—… franceses… Son tres naves, desde el fuerte les cañonean, pero si no les rechazamos, deberemos defender la ciudad cuerpo a cuerpo. ¡Vamos!—gritó.— ¡Contra los herejes de Luis XIV!

—¿Por qué los nuestros habrían de colaborar con los piratas?—preguntó Diego a Francisco.

—¡Muerte a los piratas borbones!—gritó alguien.

—Pues, siempre hay algunos descontentos con el gobierno, que sirven al invasor y…—se interrumpió Francisco, aprovechando la algarabía general.

—¡Viva nuestro rey Felipe!—replicaron varios al unísono, aludiendo a Felipe IV.

—Lo que ocurre, niño, es que algunos están fatigados de recurrir al contrabando para proveerse de bastimentos, y otros, como yo, de que se nos convoque para causas perdidas…—contestó a Diego uno de los parroquianos, anticipándose a Francisco.

Diego miró a Francisco buscando una explicación.

—Esto... mira, nos han llamado a combatir contrabandistas, y el primer contrabandista era el gobernador.

—¡Viva!— …todos al unísono.

—Pues mirad, don Hernando, que haya gloria, ha combatido contrabandistas, sean o no gobernadores…—replicó Juan, que había oído mientras se acercaba.

—**Hoy nos convocan para combatir a los Borbones, ¡no me sorprendería que mañana nos entregasen a ellos**!…—cambió de tema el parroquiano, con los puños cerrados.

—No exageréis, amigo, y alistáos en la infantería—moderó Juan, con firmeza.

—Caballería ¡joder!, que soy *vecino*…—aclaró, indicando que no pertenecía a la categoría de comerciante ni de menestral, para pelear de a pie.

Sin más palabra, Juan se cuadró en señal de respeto, para inmediatamente buscar a alguien con la mirada.

—¡Diego!, hermanito, ve con nuestros padres, que alerten a las familias del pago, ¡de priesa!

El desbande original del reñidero, se reorganizó. La mayoría partió a su rancho a armarse, …y alguno que otro a esconderse. Los soldados, en su fugaz descanso aceptaron un bollo y un trago que les ofreció Francisco.

En un círculo de tierra apisonada y plumas quedaron los dos gallos, oro y negro sobre rojo.

*33) cambá*: (guaraní) negro